

(Mitologías Antiguas: Persia 5)

ZARATUSTRASOBREVIVE A LAS LLAMAS

5º

El pequeño Zaratustra se rió cuando vino al mundo y el sonido alegre de su risa también alcanzó a Ahrimán. También el señor de la maldad tembló cuando escuchó la risa que era como el tintineo de una campana de plata. Pero cuando cesó el sonido de la risa del niño, había cólera y furia en el helado y frío corazón de Ahrimán. Él, el señor de la oscuridad, el príncipe de los espíritus malignos, el rey de las mentiras, había sido sacudido por el dulce sonido de la risa de un niño pequeño. Sabía quién era este niño. Sabía de dónde venía esta odiosa risa. Juró venganza.

Ahora el país donde Pourushaspa y Daghdú vivían estaba regido por el rey Duransarun que era un hombre terrible. Voluntariamente abrió su corazón y su mente a los pensamientos oscuros que venían de Ahrimán. Y los espíritus oscuros le susurraron:

—“El recién nacido hijo de Pourushaspa y Daghdú es peligroso para ti y no debes permitir que crezca. Será más fácil matarlo ahora, mejor antes de esperar que sea un hombre mayor que desafiará tus poderes”.

Al día siguiente el rey Duransarun se encaminó hacia la pobre y pequeña choza de Pourushaspa y Daghdú. Cuando el rey llegó ambos estaban trabajando en el campo y habían dejado al bebé dormido en una cuna. El rey abrió la puerta de la choza, entró y se encontró solo con el niño dormido, Zaratustra. Miró al bebé con la mueca de una sonrisa. Los padres nunca más escucharían la risa del niño; este niño nunca llegaría a la madurez para desafiaría el poder del mal en el mundo. Repentinamente el rey sacó una daga afilada de su cinturón, y levantó su mano para hundirla en el pecho del niño. En ese instante el niño abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga. La mano del rey se paralizó. Su brazo derecho perdió su fuerza y maldad, quedó como un palo seco. La daga cayó al piso. Sin hablar, con profundo terror, el rey miró su brazo y su mano muertas. Se dio vuelta y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño cuya mirada había dejado inútiles a su brazo y su mano por el resto de su vida.

Ahora el rey Duransarun odiaba a Zaratustra aún más que antes. No volvería cerca del niño otra vez, pero era el rey y podía enviar a sus sirvientes. Así llamó a dos de sus hombres y les dijo:

—“Les ordeno que lleven al hijo del campesino Pourushaspa y lo echen al fuego. No vuelvan hasta que lo hayan hecho o ambos serán quemados vivos”

Los dos hombres salieron y se escondieron cerca de la choza hasta que vieron a los padres salir hacia el campo a trabajar. Seguros de que los padres estaban tan lejos que no podrían verlos, los sirvientes rápido entraron, tomaron al bebé de su cuna y se apuraron a salir. Para su sorpresa el niño no hizo ningún sonido; no lloró y pareciera que no le importara.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Uno de ellos llevaba al niño mientras que el otro llevaba un montón de madera seca. Caminaron un largo tiempo hasta que alcanzaron el desierto. Apilaron la madera e hicieron una gran fogata. Y cuando estaba ardiendo fieramente, tomaron al niño y lo tiraron en ella. Y se fueron riendo. Había sido tan fácil de hacer la tarea ordenada por el rey. Regresaron al palacio y le aseguraron que no necesitaba temer más por el bebé. Su vida se había acabado en un gran fuego en el desierto.

Mientras tanto, los padres de Zaratustra volvieron de trabar y encontraron la cuna vacía. La pobre madre estaba desesperada. Salió de la casa y comenzó a buscar a su hijo. *¿Quizás un lobo lo había arrastrado lejos? ¿Quizás el bebé había caído de la cuna y gateado lejos?* No logró saber qué había pasado, pero no descansaría hasta encontrarlo. Siguió buscándolo y cuando oscureció Daghdú vio el resplandor de un fuego en el desierto. Con pavor y miedo en su corazón, se apresuró a ir hacia él.

Cuando se estaba acercando vio una extraña señal. El fuego casi se había apagado pero en las brillantes brasas estaba sentado su hijo Zaratustra, sonriendo y jugando con las pequeñas lengüetas de fuego como si fueran sus juguetes. Y él estaba completamente a salvo, chillando de felicidad. Daghdú lo abrazó con alegría y lo llevó a la casa.

Se esparció la historia de lo que había ocurrido y de cómo el fuego no lo había dañado.

La gente hablaba sobre Zaratustra. Ellos decían que el niño debía ser amado por Ahura Mazda, señor del fuego. Y cuando el rey Duransarun escuchó esto, que Zaratustra todavía vivía, comenzó a pensar en otra manera de destruir al niño

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Estas historias sobre la Antigua Persia se encuentran todas juntas en el enlace:

<https://ideaswaldorf.com/antigua-persia-c-kl/>